



NUEVA
HISTORIA
DE LAS
MUJERES
EN LA
ARGENTINA

Débora D'Antonio
Valeria Silvina Pita
DIRECTORAS

(prometeo)
libros

Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina /
Dirección de obra de Débora D'Antonio; Valeria Silvina Pita.
Participan: Santos Lepera, Lucía; Olmos, Selva; Geler, Lea; Yannone, Carmen; Egido,
Alejandra; Torricella, Andrea; Valobra, Adriana; Blázquez, Gustavo; Manzano, Valeria;
Garazi, Débora; Cosse, Isabella; D'Antonio, Débora; Noguera, Ana; Rodríguez Agüero,
Laura; Linardelli, María Florencia; Barragán, Ivonne.
la ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prometeo Editorial, 2024.

Volumen 3, 322 p. 24 x 17 cm.
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8267-94-4

1. Historia Argentina. 2. Estudios de Género. 3. Feminismo. I. Santos Lepera, Lucía
II. D'Antonio, Débora, Dir. III. Pita, Valeria Silvina, Dir.
CDD 305.4209

Proyecto editorial: Débora D'Antonio y Valeria Silvina Pita

Dirección, coordinación general y narrativa visual: Débora D'Antonio y Valeria Silvina Pita

Diseño y diagramación: Verónica Borsani

Curaduría de imágenes: Nina Turdó y Renato Tarditti

Corrección y articulación editorial: Florencia D'Antonio

Revisión general de textos: Liliana Stengele

Ilustración de tapa: Matías Carioli Nelli

ISBN volumen 3: 978-987-8451-56-5

ISBN obra completa: 978-987-8451-52-7

Los textos que se incluyen en este volumen han contado con rigurosas evaluaciones por parte de reconocidos pares académicos de acuerdo a parámetros internacionales.

El resguardo y la libre disponibilidad de la documentación histórica ha permitido a esta obra beneficiarse con una extraordinaria variedad de fuentes. Esta producción utiliza material que se encuentra bajo la guarda y custodia del Archivo General de la Nación, formando parte de su acervo. Este tomo, además, se ha nutrido de un gran cúmulo de imágenes provenientes del archivo del diario *Crónica* en guarda en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno. También ha contado con la colaboración del Archivo Nacional de la Memoria, del Archivo Diario *La Gaceta* de San Miguel de Tucumán y del Archivo Histórico del Museo Regional Dr. Adolfo Alsina.

Agradecemos especialmente al Archivo Histórico de Revistas Argentinas (AHIRA) por haber puesto a la consulta de modo libre y gratuito, colecciones digitalizadas de revistas y publicaciones periódicas.

© De esta edición, Prometeo Libros, 2023 Pringles 521 (C11183AEJ), Buenos Aires, Argentina Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297
editorial@treintadie.com
www.prometeoeditorial.com
@prometeo_libros

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados.



La araña (sus. fem) es un insecto con cuatro pares de patas. En la boca posee un par de uñas capaces de inyectar veneno. Las arañas viven en todos los continentes excepto en la Antártida. Elabora un hilo pegajoso que le sirve para desplazarse y al tejer la hermosa red la emplea para cazar.

ÍNDICE

INTRO. Débora D'Antonio y Valeria Silvina Pita	9
---	---

1. LAS QUE REZAN CON FERVOR. LOS FUNERALES DE EVA PERÓN EN TUCUMÁN, 1952	19
---	----

Lucía Santos Lepera

Entre llantos y ruegos oficiales/ Altares para Evita/
Duelos y política

2. ALGUIEN TIENE QUE CEDER. HEREDERAS SIN TIERRAS EN LA PAMPA, 1920- 1954	39
--	----

Selva Olmos

Mujeres que construyeron patrimonios/ Negocios,
familias y legados / ¿La tierra para quien la trabaja?/
Entre los dichos y los hechos

3. AFROARGENTINAS DE VILLA CARTÓN. RACIALIDAD, MARGINALIDAD Y AÑORANZAS EN EL BARRIO LACARRA, 1948-1972	61
--	----

**Lea Geler, Carmen Yannone
y Alejandra Egido**

¿Un enclave desconocido para quién?/ Memorias de la
cooperación/ Las ancestras marcan el camino

4. YO ERA DISTINTA A TODO LO DEMÁS. FOTOGRAFÍAS Y CAMBIOS FAMILIARES EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, 1950-1965 85

Andrea Torricella

Fotos de estudio, cámaras en mano y la democratización del retrato/ Moda, curvas y escotes/ Romper los mandatos/ Un nuevo lugar visual

5. HACIENDO LEYES. LAS PRIMERAS DIPUTADAS NACIONALES, 1952-1966 103

Adriana Valobra

Con votar no alcanza/ De candidatas a representantes del pueblo/ Sin estrategias no hay parlamento

6. LEONOR, LAS CHICHIS Y MUCHAS ARTISTAS MÁS. MÚSICA, PARENTESCO Y NEGOCIOS EN EL CUARTETO CARACTERÍSTICO CORDOBÉS, 1943 -1976 123

Gustavo Blázquez

Buscando un origen musical/ La Leo: hija, señora, madre/ El Cuartetazo y sus chichis/ Coda final

7. ENEMISTADES INTERNAS. SEXO, GÉNERO Y BATALLAS POLÍTICO-CULTURALES EN LAS DÉCADAS DE 1960 Y 1970 145

Valeria Manzano

Frente a los cambios.../ Profecías auto cumplidas/ Hacia la reconstrucción de la autoridad/ Desorden político, desorden sexual y golpe

8. EL DINERO DE LAS VACACIONES. 167
TRABAJAR, GANAR Y GASTAR
EN MAR DEL PLATA, 1960-1970

Débora Garazi

Veranear es un placer/ Hacer la temporada/ Gastar
y ahorrar: la casa, los hijos y... las vacaciones/ Entre
trabajos y consumos: los valores del dinero

9. CONFRONTAR EL CANON DE LA 191
REVUELTA. ESTUDIANTES, IMÁGENES Y
POLÍTICA EN TUCUMÁN, 1970

Isabella Cosse

Del comedor estudiantil a las calles / Dislocando la
semántica política de lo cotidiano/ La sonrisa de la
protesta

10. PRESAS DE ARMAS TOMAR. LAS 213
FUGAS CARCELARIAS DE CÓRDOBA
Y BUENOS AIRES, 1971

Débora D'Antonio

La eficiencia se resquebraja/ Monjas, pistolas y
militantes dispuestas a todo/ El objetivo era huir /
Hábitos por uniformes/ Todo termina en Ezeiza

11. MUJERES AL FRENTE. UNA EXPERIENCIA 237
DE POLITIZACIÓN EN TIEMPOS DE LUCHAS
REVOLUCIONARIAS, CÓRDOBA, 1973-1975

Ana Noguera

Trabajábamos como hormigas, casa por casa/
Intentábamos ganar a las compañeras/ Convencer a
las mujeres impulsa a la actividad revolucionaria/ El
avance represivo y la desarticulación

12. CÓMO CRIAR UNA VIÑA. CONTRATISTAS Y AMAS DE CASA EN LAS FINCAS MENDOCINAS, 1960-1980	259
--	-----

Laura Rodríguez Agüero y
María Florencia Linardelli

Desde la poda, la atada, el desbrote a la cosecha/
Faenas entre la casa y la finca/ De sol a sol y sin jornal

13. PARECÍAMOS BICHOS AHÍ ADENTRO. DELEGADAS DEL ASTILLERO RÍO SANTIAGO, ENSENADA, 1973-1978	279
--	-----

Ivonne Barragán

Donde se construye y se repara/ Conflictividad
sindical, violencia y desaparición/ Delegadas en
fábrica de varones

BIBLIO.	299
----------------	-----

BIOS.	315
--------------	-----

INTRO.

Débora D'Antonio
Valeria Silvina Pita

En ocasiones, los grandes proyectos surgen de pequeños gestos en tiempos extraños. El nuestro tuvo lugar a inicios del año 2020, entre dos amigas, lecturas de verano e inquietudes compartidas sobre el futuro. En ese cruce entrevistamos la posibilidad de pensar en una nueva historia de las mujeres que fuese capaz de conmover algunos sentidos sobre el pasado. Hacía veinte años una primera colección había reunido a más de dos docenas de historiadoras. Éramos, en su mayoría, jóvenes que a la par que dábamos nuestros primeros pasos en el oficio, modelábamos los bordes de un campo historiográfico en formación con el empuje que contiene lo inaugural. Desde entonces, fuimos partícipes y testigos de cambios y mudanzas en los feminismos y en las instituciones académicas. La creación de programas de estudio y la ampliación del sistema científico, con becas y subsidios, acompañaron los intereses de especialistas, la diversificación de las agendas de trabajo y los diálogos entre generaciones y perspectivas. Tras estas décadas de armado de redes, grupos de estudio, colectivos de investigación y de una intensa labor en fondos documentales, confirmamos que contábamos con una base firme de pesquisas. Al mirar estos recorridos, con sus variaciones y riquezas, divisamos una propuesta editorial que podía aunar a las principales líneas de indagación e invitar a públicos amplios y curiosos a zambullirse en un mar de historias.

Mientras esbozábamos los contornos de nuestra idea, el mundo se trastocó ante el avance de un virus desconocido. Las fronteras, los espacios laborales, los encuentros y los festejos se clausuraron o desvanecieron y el confinamiento en las casas, para quienes tuvimos ese privilegio, comenzó a formar parte de una nueva cotidianidad. La pandemia conmovió seguridades, activó segregaciones, violencias, exclusiones sociales y precariedades, y lejos de tornarse un tiempo de descanso, volvió a poner en el tapete los trabajos de las mujeres, y la ilusión de que el hogar era un sitio seguro. ¿Cómo compatibilizar lo personal y lo laboral en este escena-

rio? ¿Cómo haríamos historia con los archivos cerrados? ¿Qué espacios y puentes podríamos inventar para trabajar con otras personas, dialogar y acompañarnos? La ausencia de horizontes de optimismo, pero también la fragilidad de ese momento, nos dieron la oportunidad, a una especialista en el siglo diecinueve y otra en el siglo veinte, de revisar las maneras en que hacemos historia y pensamos históricamente. El peso de las incertidumbres en esa coyuntura nos hizo reconsiderar cuán poco prefijadas fueron las pisadas que otras mujeres dieron, quienes, al igual que nosotras, desconocían lo que les depararía el porvenir, si sus anhelos se cumplirían o si sus desazones hallarían alivio. ¿Cómo se expresarían esos caminos abiertos, desconocidos o indeterminados en una obra colectiva? ¿Qué temas, períodos y abordajes deberían formar parte de esta nueva historia? ¿Qué editorial cobijaría este proyecto? Unos tópicos, preguntas, problemas, focos fueron ganando consistencia, abriéndose paso casi como un impulso vital, animado por el deseo de construir un refugio, un modo de religarnos, de volver a la historia y de intervenir en una conversación pública en tiempos arduos y fatigantes.

Nos propusimos entender cómo muy diversas mujeres desde esclavizadas, asalariadas, indígenas, amas de casa hasta militantes y otras, llevaron adelante y soñaron sus vidas, se organizaron y demandaron. Con el ánimo de aprender de sus semejanzas y diferencias y reconocer sus singularidades, intentaríamos aproximarnos a aquellas sin interponer nuestros juicios, valores y experiencias. Captar la contingencia del tiempo y sus vaivenes, eludiendo sentidos teleológicos, se ubicó en el centro de nuestro desafío historiográfico. Perseguimos con ello señalar las posibilidades y elecciones que ciertas mujeres tuvieron. Tomamos distancia de aquellas historiografías que asumen al tiempo como una cadena de acontecimientos progresiva, evolutiva y lineal. Nuestra apuesta ha sido la de alojarnos en una franja más sinuosa para pensar el pasado, esquivando también las dicotomías afincadas en nociones de avances y retrocesos, cambios y continuidades.

Desde prismas plurales, especificidades locales y convergencias historiográficas, nos interesó reconocer cómo unas mujeres resolvieron sus conflictos, cómo aprovecharon sus posiciones, o cómo intentaron torcer los rumbos de su existencia para proyectarse en el momento que les tocó vivir. Sus experiencias sociales se convirtieron en el corazón, en la distinción de este proyecto, en una posibilidad de interpelar con sus hallazgos una variedad de problemas que vertebran a la historiografía argentina de los últimos tres siglos. Atraídas por esta oportunidad

decidimos organizar y jerarquizar tópicos, revisar periodizaciones y escalas. Este ejercicio nos reveló que teníamos entre manos la dirección de una obra de gran magnitud. La ideamos coral, como una convención de cómo contar unas historias, donde los contenidos y las maneras de escribir, la primacía de la descripción situada, el respeto a los esfuerzos fundados en el trabajo con documentos y la convicción de que descifrarlos es parte del arte de historizar, se constituyeron en el punto de partida. Entrelazar lenguajes, donde lo escrito y lo visual favorecieran la distinción de contextos y la identificación de escenarios sin perder profundidad histórica, formó parte también de los acuerdos.

Imaginamos nuestra colección en los colegios, en las universidades, en los gremios, en los trenes, en los grupos de estudio y formación, para deleite de muchas y distintas lecturas. Como directoras asumimos el reto de explicitar el problema de cómo escribimos y la importancia que adquieren nuestras palabras al ser leídas, y en tal sentido, cómo lo que narramos puede implicar de diferente modo a otras personas. Hemos aprendido que, al presentar unos temas, al enfocar en unas relaciones sociales, al utilizar un vocabulario, unas citas de autoridad, nuestros textos pueden incluir o excluir a quienes leen. Las palabras y las imágenes son canales poderosos para transmitir cosmovisiones, cuestionar sentidos, revisar vetos y olvidos, matizar circunstancias e interrogar aquello que no es tan nítido o que quedó en un margen. Forjar una historia conjunta que reuniese evidencias visuales como objetos de la vida cotidiana, fotografías, panfletos, tapas de discos, para colaborar en conmensurar distancias y extrañezas entre el ayer y el hoy, y estimular la intuición histórica sería otro sello propio. Afortunadamente, otras generaciones de historiadoras de las mujeres nos alertaron acerca de estas distinciones, invitándonos a acompañarlas en el intento de contar historias que apuesten a la comunicación y a la difusión.

El camino era avanzar en una obra escrita por muchas voces y que, con sus zigzags creativos, sus diálogos y revisiones cruzadas, sugiriera que las intervenciones sobre el pasado son mucho más complejas y escurridizas de lo que se podría suponer de antemano. El envite fue reunir a un heterogéneo grupo de investigadoras, que con sus preguntas refinadas y su *expertise*, ofrecieran interpretaciones novedosas y conexiones entre problemas claves de la historia argentina. Los estilos de escritura son tan diversos como las incógnitas que podemos formular y las técnicas que empleamos tan variadas como los argumentos sobre los que conjeturamos. Mas sería el trabajo en los archivos y los modos artesanales –que confrontan pistas

para descifrar y comprender lo remoto— lo que unificaría la trama de nuestro plan editorial. Para ello, cada capítulo debía estar informado en evidencias para abrazar algo de la enorme diversidad y rareza que existe entre lo pretérito y lo coetáneo, acordando que lo que pervivió es tan solo un fragmento.

La **Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina** que aquí presentamos cuenta con cuatro tomos y más de sesenta especialistas que se aventuraron a trabajar sobre estos pilares. La tarea demandó escuchas generosas, tiempo, idas y venidas, que colaboraron en hallar los tonos, las formas de argumentar y expresar asuntos intrincados de un modo claro y elocuente. Juntas nos esforzamos por hallar un lenguaje común para identificar problemas, proponer interrogantes, ensamblar temas y contar nuevas versiones sobre las mujeres alrededor de las cocinas, los patios y las camas. Con nuestras preguntas buscamos revisar los significados atribuidos a la política, el trabajo, la libertad, el sexo, invitando con ello a inspirar a la redefinición historiográfica. Finalmente, en sintonía hemos procurado capturar lo peculiar de cada tiempo histórico, evitando crear representaciones que reiteren esencialismos y confirmen anacronismos.

En el hacer historia y en esta colección hemos aprendido cómo las experiencias, las ideas, las intervenciones de personas sin poder, ni fortuna, ni estatus —que circularon por sitios poco prominentes— pueden generar transformaciones poderosas en sus tiempos y en los sentidos historiográficos. En las siguientes páginas nos detuvimos en unas mujeres, muchas de las cuales no dejaron papeles escritos de su propio puño y letra, pero cuyas trayectorias, expectativas y márgenes arrojan encrucijadas que permiten reexaminar escenarios, premisas y temporalidades. Los conflictos, las tensiones y las injusticias formaron parte de sus vidas, aunque no significaron siempre lo mismo ni sus connotaciones son unívocas para nosotras en el presente. La distancia se ha vuelto una posibilidad para comprender cómo ellas hallaron sus propios términos de resiliencia. Al escribir con todos los recaudos metodológicos posibles, hemos descubierto que, así como se organizaron, tomaron decisiones, también se equivocaron, dudaron y buscaron maneras creativas para sortear infortunios y sujeciones. Seguir sus huellas, nos ha ayudado a divisar las texturas de sus vivencias y acciones, diferenciándolas de las miradas que las definirían como víctimas de estructuras opresivas o patriarcales. Algunas transitaron por unas orillas que no significaron necesariamente límites, exclusiones o ánimos resignados sino modos históricos de trabajar, amar, rebelarse, mandar, hacer políti-

ca. En otras palabras, de habitar el mundo. Estas mujeres nos incitaron a redefinir nuestras convicciones sobre lo central y lo periférico, ganando para la escritura variadas formas de entenderlos. Interpelamos a una multiplicidad de fuentes: papeles, retratos, inventarios, avisos clasificados, literatura, publicidades, cancioneros, grafitis, testimonios, y su riqueza está disponible para esta historia y para otras. Contextualizamos esas materias primas, revisando sus dobleces, detectando sus falacias, reconociendo sus opacidades, leyéndolas a contrapelo, tomando distancia de sus transparencias para transformarlas a partir de nuestros interrogantes en evidencias. Alertas a los silencios y exclusiones que también portan los archivos, evitamos reproducir y escalar la violencia de unas jerarquías sexuales, raciales o de clase, dando lugar a la pregunta incómoda por aquello que –ante su no inscripción– se supuso inexistente, que en presencia de la abundancia de fórmulas escritas se confundió con lo real y que frente a la homogeneización infringió la primacía de unas personas por sobre otras, tornando sus vidas aún más precarias.

Desde hace décadas los feminismos de modos provocadores, en distintas latitudes y con dispares tradiciones intelectuales y posiciones políticas, han desarmado nociones medulares del campo de las humanidades, advirtiendo sobre los peligros de las construcciones binarias y jerárquicas entre los sexos y los géneros, los esencialismos, las desigualdades, las inercias y las lógicas del poder. Con sus debates hemos sumado nuevos ángulos, conformado pivotes para el diálogo y encontrado unas llaves para revisar nuestras propias escrituras y posiciones historiográficas. A lo largo de esta obra, con inquietudes y sensibilidades diferentes, apelamos a conceptos, teorías y préstamos disciplinares que permitieron ganar puntos de mira, vocabularios y profundidad analítica. El desafío para esta Historia de las Mujeres fue abordar al género, la política, la raza, el conflicto social, entre otras categorías como provisorias y, por lo tanto, enmarcadas en relaciones sociales, territorios y momentos específicos.

La **Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina** es un caleidoscopio de escritos hilvanados a partir de una potente reunión entre distintas generaciones de especialistas e investigadoras en estudios de las mujeres y en la perspectiva de género, formadas en ópticas diversas y provenientes de comunidades académicas, regiones y provincias variadas. Las tramas que se desenvuelven en los capítulos de esta colección están hospedadas en una franja compartida, atenta y sensible a identificar preguntas que alienten nuevos repertorios sobre mujeres muy diferen-

tes entre sí, para reponer algo de sus vidas, de sus ilusiones o de las utopías que las envolvieron. Cada tomo es una entrada para pensar cómo los tiempos cambian y las mujeres también, y una invitación a ingresar en unos mundos singulares para descifrarlos en su peculiaridad. Sumergirse en su lectura implica captar cómo las fronteras temporales se tornan permeables al calor del movimiento de las historias que aquí se cuentan, haciendo del tiempo y las formas de exponerlo escenarios móviles e insumos para interpretarlas, más que límites donde anclarlas.

El foco en lo cotidiano y sus intersticios es una de las marcas comunes que recorren esta colección. Esta disposición convida a sondear en las supervivencias femeninas, en las dinámicas de lo doméstico y lo familiar, en las rutinas, en los lindes de lo comunitario y en las relaciones sexoafectivas para entrever sus relieves y sus mudas a lo largo del tiempo. La política y lo político ha sido también una característica que convocó a reflexionar sobre los modos que ellas les asignaron y las razones por las cuales se inmiscuyeron. Se expandieron los límites del parlamento y los partidos hacia las aulas, las cárceles o las rutas, mostrando cómo cambió lo público, lo colectivo, lo íntimo y los significados de poner el cuerpo, de negociar y de disputar.

Las historias del trabajo conforman una traza central de esta obra. Desde distintos puntos de vista se exhibió cuán fundamentales fueron para el movimiento de la economía y para el sostén de lo diario. Al escudriñar en las formas de trabajo, sus espacios y las relaciones laborales de dependencia, estas cobraron nuevas capas de problematización a partir de preguntas específicas en clave de género y racialización. Las conexiones entre temas fue otra de las características compartidas. Así, unos capítulos orientados al estudio de las trabajadoras enlazan dilemas en cuanto a lo político o lo económico, mientras que algunos que se interrogan por lo político se entremezclan en los pliegues de la cultura o del trabajo. Las mujeres que hallaron un lugar en estos volúmenes, con sus maneras de estar en el mundo, de ganarse el sustento, de amar, de crear sus propios sueños de emancipación y de librar sus contiendas colectivas, hicieron posible reconocer las dimensiones que rodearon a sus experiencias sociales y cuán necesario fue intentar historiográficamente localizarlas y conectarlas. Detrás de estas aspiraciones hemos urdido las piezas de esta colección.

Esta **Nueva Historia de las Mujeres en la Argentina** fue posible gracias a la disposición abierta y generosa a la conversación entre colegas, una práctica que per-

mitió deponer barreras –las que insisten en la individualidad– para enriquecer los intercambios, descubrir nuevas posibilidades para los escritos propios, las formas de narrarlos y de asociar argumentos. Como ya lo hicieron otras feministas, quienes a través de los años se encontraron, superando tensiones y conflictos, hemos hecho del diálogo una condición primordial que hizo posible que esta historia llegase a las manos de quien la lee. A la par, esta empresa se reconoce inacabada y atenta a nuevos enigmas, a cambios y a revisiones de sentidos. Entendemos que no hay nada más abierto que el pasado y que hacer historia es un intento de esculpir el tiempo con nuevas preguntas.

Queremos agradecer a nuestros pares, quienes nos acercaron sus saberes, sensibilidades y oficio para pensar y distinguir con lentes de género una serie de problemas, que reunidos en estos cuatro tomos innovan la lectura sobre las experiencias de las mujeres en el pasado y con ello de la historia argentina. Esta colección se benefició de la mirada de más de ciento veinte lectores y lectoras externas que con sus diferencias y sugerencias hicieron que los capítulos ganaran matices y profundidad.

En Prometeo hallamos no solo una casa editora sino un ámbito propicio a los intercambios, respetuoso de los procesos de maduración de las ideas, de la consolidación de los rumbos, y cuidadoso de las personas involucradas en el hacer estos libros, que con sus conocimientos acompañaron los aspectos esenciales del diseño, la comunicación, el tratamiento de las imágenes y la corrección de estilo. Faltan palabras para agradecer a nuestro editor Raúl Carioli, quien en medio de la pandemia, en momentos de fuertes incertidumbres y zozobras, con su empuje, paciencia, desprendimiento y amorosidad apostó por esta colección de gran porte.

Antes de dejarles a solas en este mar de historias, quisiéramos compartir algo más de cómo este trabajo nos envolvió y conmovió. En los inicios de esta aventura desconocíamos cuán intensos serían los aprendizajes, las interpelaciones que nos animaríamos a afrontar y las vueltas creativas que daríamos. Todo esto también formó parte de la dirección, del armado y la revisión constante de esta obra. Luego de estos años, nosotras ya no somos las mismas, como esta Nueva Historia de las Mujeres, nos hemos movido, aprehendiendo algo de la inmensidad del tiempo, de las maneras de hacer y pensar históricamente y de la fuerza del deseo en toda iniciativa colectiva. ¡Ojalá que disfruten de la lectura tanto como nosotras de haberla imaginado y llevado adelante!

LAS QUE REZAN
CON FERVOR.
LOS FUNERALES
DE EVA PERÓN
EN TUCUMÁN, 1952

Lucía Santos Lepera



Lágrimas de azúcar

31 de julio de 1952, Famaillá, Archivo Diario *La Gaceta*, San Miguel de Tucumán

En el pueblo azucarero de Santa Lucía, la noticia de la muerte de Eva Perón corrió como un reguero de pólvora. Aquella noche del 26 de julio de 1952 nadie durmió. El ingenio, en plena zafra, detuvo sus máquinas. Entre llantos, gritos y rezos, las mujeres del pueblo, totalmente vestidas de negro, salieron a las calles. Mientras tanto, el sindicato empezó a llenarse de gente; allí se congregaron vecinos, trabajadores, mujeres y niños para seguir las novedades que la radio transmitía minuto a minuto, acompañadas por música sacra. La encargada de organizar el duelo fue doña Aidé de Aguilar, subdelegada censista del Partido Peronista Femenino, a quien todos conocían por haber sido la fundadora de la primera unidad básica del pueblo.¹ De luto riguroso, con mantilla negra como casi todas las mujeres, preparó la capilla ardiente en el centro del salón del sindicato: un cajón vacío sobre dos pies redondos de madera cubierto con un amplio paño negro y una bandera argentina, candelabros a los costados y, en la cabecera, la foto de la difunta junto a un gran crucifijo. De inmediato, otras mujeres lo llenaron de flores, enormes ramos de rosas, dalias, siemprevivas y hortensias, coronas naturales y de papel, rodeadas de crespones negros o violetas. De ese modo, las personas presentes empezaron “a hacer cola y en fila india ingresaron a mirar el cajón, lo tocaban, se persignaban, luego se hacía lo mismo con la foto a la que además besaban (...) parecía un velorio verdadero”.²

Esta escena fue una muestra vívida de las manifestaciones religiosas que rodearon a esa muerte. Aquellos velorios que representaban los rituales de los funerales de cuerpo presente se multiplicaron a lo largo y ancho de la provincia. En Santa Lucía, el conjunto de gestos motorizados por doña Aidé retomaba prácticas religiosas arra-

gadas entre la población local. Responsos, altares domésticos, capillas ardientes, túmulos, cirios, flores, rezo de rosarios y novenas formaban parte del conjunto de comportamientos ritualizados con el que se despedía, aunque en otras escalas, a los seres queridos más cercanos.³ La muerte de Eva puede definirse como un momento cultural álgido en el que el mundo religioso emergió para dar respuestas a situaciones de incertidumbre en tiempos de confusión.⁴ Rezar fue un modo al que acudieron aquellas mujeres en ese clima de ruptura y el lenguaje que medió en la adhesión al luto y la expresión de sus emociones. Tanto en los homenajes a escala masiva –los que tuvieron lugar frente a la Casa de Gobierno en la capital provincial– como en el ámbito familiar e íntimo, las mujeres estuvieron presentes de modo activo. La historia de doña Aidé en uno de los tantos pueblos azucareros de Tucumán donde el peronismo había generado una abrumadora adhesión, expone la participación femenina en los funerales enlazada a sus experiencias de politización. Durante esos días, en su casa, sede de la unidad básica, se erigió un altar alrededor del cual las mujeres se reunieron. En ese lugar, donde transcurría la vida cotidiana, la religión y la política, la división entre lo público y lo privado, lo político y lo doméstico se desdibujaría.

Este capítulo busca reconstruir parte de esa historia. Las crónicas periodísticas, los testimonios de las protagonistas y las imágenes de aquellas manifestaciones colectivas invitan a preguntar por los modos en que mujeres de distintos lugares y clases sociales tramitaron ese pesar. ¿En qué consistió el despliegue de ceremonias religiosas y cómo los vivieron las mujeres peronistas? ¿De qué modo las expresiones de religiosidad popular en torno a la muerte de Eva coexistieron con las iniciativas de la Iglesia católica y hasta llegaron a desbordarla?

Las líneas que siguen ensayan una mirada que se ubica en el cruce de distintas historiografías. Los estudios sobre el catolicismo, el primer peronismo y la historia social y política de Tucumán confluyen en este análisis y permiten observar de forma descentrada la experiencia de unas mujeres en el duelo por Eva Perón. Intenta ampliar el espectro geográfico y social –más allá de los grandes centros urbanos y de las altas esferas de gobierno–, e incorporar distintas voces sobre un acontecimiento que interpeló de manera muy distinta a las mujeres y las movilizó masivamente.⁵

Entre llantos y ruegos oficiales

Al igual que en la ciudad de Buenos Aires, el 26 de julio de 1952 fue un día frío, gris y lluvioso en Tucumán. La noticia de la muerte de Eva Perón colmó de incertidumbre a la población. En la capital provincial, obreros y militantes acudieron a las sedes sin-



Las florerías no dieron abasto. La demanda de coronas generó escasez de claveles, hortensias y rosas. Nadie quiso quedarse afuera. Instituciones gubernamentales, entidades políticas y sindicales, establecimientos escolares, entre otras, buscaron tener su corona en el altar de la Cruz Blanca. Erigida en las escalinatas de la Casa de Gobierno, sede del poder provincial tucumano, el símbolo religioso escoltado por los retratos de la primera dama fue el epicentro de los homenajes oficiales. *Misa de Réquiem*, 28 de julio 1952, Archivo Diario *La Gaceta*, San Miguel de Tucumán.

dicales y a las unidades básicas a la espera de directivas, mientras numerosos grupos de personas humildes, “dispuestas a exteriorizar sus sentimientos de congoja”, se agolparon frente a la Casa de Gobierno. Antes de la medianoche, se dispusieron medidas de emergencia: confiterías, cines y otros establecimientos de espectáculos debían cerrar, no hubo partidos de fútbol ni diarios, la bandera nacional a media asta en todos los edificios públicos y unidades del ejército y el sostenimiento de treinta días de luto oficial. Asimismo, se solicitó a las autoridades eclesiásticas que garantizaran la apertura de todos los templos de la diócesis “a fin de que el pueblo pueda entregarse a rezar por el alma de Eva Perón”.⁶ Las iglesias doblaron sus campanas cinco minutos todos los días. Hombres con corbata oscura y un lazo en la solapa y mujeres vestidas de negro, con la cabeza cubierta con una mantilla, circularon por las calles durante los días que siguieron.



Junto al blanco inmaculado de los guardapolvos resaltaron las cintas negras en señal de duelo. Delegaciones escolares de niñas y jóvenes participaron de las ceremonias religiosas y dejaron sus ofrendas ante el retrato de Eva Perón ubicado en el altar principal de la ciudad. *Niñas de la Escuela Normal asisten a la misa de Réquiem*, 29 de julio de 1952, Archivo Diario *La Gaceta*, San Miguel de Tucumán.

Los honores fúnebres adquirieron dimensiones inéditas.⁷ El cuerpo de Eva Perón fue velado en el primer piso del Ministerio de Trabajo y Previsión en Buenos Aires donde millones de personas llegaron y esperaron para despedirse. El velorio duró dieciséis días, mucho más de lo planeado originalmente por el gobierno. En todas las provincias y ciudades los rituales religiosos se replicaron. En las plazas principales de todo el país, estaciones ferroviarias, sindicatos, unidades básicas, escuelas y hospitales se levantaron altares cívicos, como los denominó la prensa. Allí acudían hombres y mujeres de todas las edades y procedencias; eran espacios para rendir tributo, elevar ora-



El duelo no distinguía edad ni condición. Así lo expresaron quienes organizaron desde la Dirección General de Enseñanza una misa. Con sus cabecitas cubiertas, al igual que sus maestras, las niñas rezaron por Eva Perón tal como lo habían aprendido en la escuela. 4 de agosto de 1952, Archivo Diario *La Gaceta*, San Miguel de Tucumán.

ciones por Eva y posibilitaron la vivencia de lo sagrado. Representaban el catafalco que resguardaba los restos de Eva que estaban lejos de Tucumán.

El altar cívico más importante de la provincia fue erigido en las escalinatas de la Casa de Gobierno, frente a la plaza principal, a instancias de la Confederación General del Trabajo. Allí se llevaron a cabo los homenajes civiles y religiosos más importantes organizados tanto por las autoridades provinciales como por la diócesis local. Una gigantesca cruz blanca, miles de ofrendas florales, la bandera argentina, el escudo peonista y un retrato de la difunta en el centro convirtieron ese espacio público en el



En la sede del Partido Peronista Femenino se ubicó el altar más concurrido por las tucumanas. Legisladoras, autoridades partidarias y afiliadas se entremezclaron con otros dirigentes y seguidores que asistieron a la sede para orar por la difunta. La simbología religiosa y política se condensó en ese pequeño espacio, cuyos componentes se reiteraron a lo largo del territorio provincial: un cuadro de Eva Perón, el escudo justicialista, una cruz, coronas, velas y una bandera argentina. *Altar en la sede del Partido Peronista Femenino, 6 de agosto de 1952, Archivo Diario La Gaceta, San Miguel de Tucumán.*

lugar donde se congregaron de forma masiva las y los tucumanos para despedirla. Las guardias de honor, a cargo de miembros del Partido Peronista y de los gremios obreros, custodiaban este lugar, regidos por un cronograma pautado desde los órganos directivos. Las mujeres también cumplieron turnos. Desde las unidades básicas de los pueblos del interior arribaron para cubrir las honras. Estas habían sido seleccionadas y lideradas por subdelegadas censistas. Este fue el caso de doña Aidé de Aguilar en Santa Lucía, que llegó junto a otras militantes a la capital, cargando flores e imágenes.

El Partido Peronista Femenino fue el encargado de convocar a sus afiliadas. Un gran despliegue de misas, procesiones y ofrendas tuvieron lugar en la Cruz Blanca: “Mujeres congregadas ante el altar expresan sus sentimientos de congoja con un llanto incontenible”, “Las mujeres llegaron a orar con fervor”, “Mujeres llenan las

calles en actitud religiosa con sus rezos”.⁸ Estos fueron algunos de los titulares del principal diario local que distinguían el comportamiento femenino en estas ceremonias. Las crónicas eran acompañadas de imágenes que aludían al “llanto desgarrado” y las mostraban “de rodillas”. Tales expresiones de dolor quedaban asociadas a ellas como también a la acción de rezar.

Sin embargo, no solo de llantos y rezos se valieron para elaborar la pérdida. Dichas emociones y prácticas fueron un canal de participación mediante el cual ocuparon y disputaron en el espacio público. La muerte de Eva Perón fue también un escenario que propició lugares protagónicos para las peronistas. Durante esas jornadas, algunas de ellas fueron oradoras en los actos de la capital y de las pompas fúnebres en las distintas ciudades y pueblos tucumanos; dirigieron el rezo de novenas y rosarios; presidieron procesiones con antorchas; organizaron y solicitaron misas a los curas de las parroquias para rogar por su alma; y llegaron a confrontar con ellos cuando fue necesario.

Los discursos apasionados que ofrecieron fueron noticia en los diarios, como el de la joven Degalicia Coronel, miembro de la unidad básica femenina de Villa Alberdi, un pueblo al sur de la provincia. En el cementerio de esa localidad se congregó un público numeroso frente a la Cruz Mayor donde autoridades y vecinos depositaron ofrendas florales y rindieron honores. Ese día, en nombre de las mujeres peronistas, Degalicia se había preparado para hablar subida a una tarima frente al público y también para presidir la “imponente procesión”, codo a codo con dirigentes gremiales del ingenio Marapa y autoridades políticas.⁹ La manifestación de congoja culminó con un responso, una oración por los difuntos, a cargo del cura párroco. La unidad básica femenina de esta localidad había solicitado varias misas en la parroquia, a las que el cura había accedido oficiar, acompañando en las procesiones con antorchas y en el rezo de la novena. A pocos kilómetros de allí, en el pueblo azucarero de Santa Ana, la historia fue distinta. Emma Costa de Daoud, subdelegada censista, se encargó de organizar las honras fúnebres y encabezó la procesión con antorchas por las calles del barrio obrero del ingenio.¹⁰ En este caso, el cura párroco no las acompañó. Tampoco les permitió oficiar misas de campaña, es decir, misas fuera del templo, por considerar que el “espacio sagrado” por excelencia era la iglesia y allí debían concretarse los homenajes. Finalmente, Costa de Daoud junto a otras militantes del pueblo iniciaron una campaña de desprestigio contra el cura y lo denunciaron en la policía por “opositor al gobierno, antiobrerista y adversario del peronismo”.¹¹ Para esas mujeres, las formas de expresar el duelo y las exequias religiosas representaron arenas de conflictos.

En el despliegue fúnebre oficial, niñas y niños también estuvieron presentes. La Dirección General de Enseñanza dispuso luto en los establecimientos escolares

y movilizaciones a los actos en la Cruz Blanca. Los periódicos destacaron a aquellas niñas y jóvenes de punta en blanco, con su cabeza y rostros tapados en señal de luto –que las distinguía de los varones–, asistiendo de forma ordenada a la misa de réquiem, oficiada por el obispo. Cada escuela también erigió su altar. Allí, todos los días durante un mes, después de ondear la bandera, quienes asistían a clases junto a sus maestras, debían rezar un padrenuestro “por el eterno descanso de Eva Perón”.¹² Parte del ritual cotidiano era depositar flores y persignarse. Se trató de un despliegue de gestos religiosos y de dramatizaciones que estuvieron asociados a una ceremonia cívica central como era el izamiento de la bandera. Estos ritos canalizaron la adhesión política de maestras y estudiantes en esas jornadas como también despertaron tensiones, en especial, cuando docentes y directoras mostraron resistencias a aplicar las directivas gubernamentales. En la ciudad de Monteros, ubicada a cincuenta km de la capital de Tucumán, el personal jerárquico de la Escuela Normal fue protagonista de un resonante conflicto con el cura párroco –quien la denunció públicamente– por no rendir a pie de juntilla con lo previsto.¹³

Distintos testimonios dieron cuenta del impacto que causó la muerte de Eva entre niños y niñas:

Nosotros, los chicos, aunque no entendíamos totalmente la situación sabíamos que algo grave estaba pasando, veíamos a nuestros padres pegados a la radio, murmurando, tristes... Después hicimos la cola para entrar a la capilla ardiente que estaba en el sindicato, más que todo por el deseo de saber qué sucedía adentro, quienes estaban y que hacían.¹⁴

Sin dudas, la experiencia del dolor colectivo fue, por distintas razones, una instancia que no pasó desapercibida. No fueron pocas criaturas, las que quizás, vieron por primera vez llorar a sus padres y maestras: “Ya para un chico ver llorar a un adulto es algo que lo conmociona, imagínate ver llorar a muchos, a todo un barrio, la conmoción es inmensa”.¹⁵ Otros, probablemente, comprendieron qué significaba un duelo nacional, qué era una capilla ardiente y vestir de negro. Hubo a quienes la curiosidad los inundó y, junto con eso, las ganas de imitar a los adultos, como en el pueblo de Santa Lucía.

Los homenajes fúnebres oficiales se expresaron en distintos ámbitos e instituciones y algunas mujeres los ocuparon y disputaron lugar en ellos. En las unidades básicas, frente a la casa de gobierno, en las escuelas, en las plazas públicas y los cementerios, también las tucumanas expresaron su dolor. Pero cómo lo hicieron abre preguntas sobre sus expresiones y creencias religiosas y cómo estas se conectaron con experiencias de militancia y los conflictos que las atravesaban.



“Todas las mujeres peronistas dedicarán en su oración diaria una plegaria especial por el descanso de Eva Perón”. Así rezaba una disposición del Partido Peronista Femenino de Tucumán. En los más dispares parajes y pueblitos se erigieron altares, muchas veces radicados en las casas de las subdelegadas censistas. Allí, mujeres de distintas clases sociales, profesiones y oficios se reunieron para orar por el alma de Evita. *Altar de la Unidad Básica, Villa de Medinas, 2 de septiembre de 1952, Archivo Diario La Gaceta, San Miguel de Tucumán.*

Altares para Evita

“Son las veinte y veinticinco, hora en que la Señora Eva Perón entró en la inmortalidad”. Cuando la radio transmitía a diario este mensaje, las mujeres de Santa Lucía ya se encontraban reunidas en la casa de Doña Aidé, la unidad básica del pueblo, para comenzar el rezo de “las nueve noches”. La novena tenía el objetivo de rogar por el eterno descanso del alma de los difuntos. Cada una llevaba las fotos de Eva y su esposo, recibidas como respuesta a los telegramas de condolencias enviados a Perón. Se congregaron todos los días alrededor del altar que, con gran dedicación, la subdelegada censista había armado con una imagen gigante de su líder política descolgada de la pared, un escudo del partido peronista, la bandera argentina, candelabros y una cruz –todos plateados y relucientes–. De las flores se encargaron sus vecinas: palmas gigantes que sacaron del club social a las que ataron de a dos para ponerles crespones negros o violetas.¹⁶

No sorprende que haya sido la casa de doña Aidé el lugar de una liturgia cotidiana. Su historia invita a adentrarse al ras del suelo en la experiencia de politización que el peronismo propició entre las mujeres tucumanas. Después de trabajar durante años en los surcos junto a su familia pelando caña y, posteriormente, de formar parte del plantel de mujeres que lavaban bolsas de azúcar para el ingenio del pueblo, Aidé saltó a la vida pública en 1949.¹⁷ Todo cambió cuando decidió formar, con la primera convocatoria de la rama femenina del Partido Peronista, una unidad básica en su casa. Se metió de lleno en un mundo que hasta ese momento era exclusivo de los hombres. Con treinta años y un hijo recién nacido, recorrió largamente las colonias del ingenio buscando afiliadas e intervino en cuestiones sindicales. Encargada de preparar las visitas de los políticos al pueblo, los repartos de pan dulce y sidra para la Navidad y los juguetes para el Día de Reyes, se hizo conocida en el pueblo y en sus alrededores. Cuando Eva murió, esta subdelegada censista fue la responsable de convocar a las mujeres en esos días. Las crónicas de los funerales indicaron la importancia de la casa de Aidé como uno de los lugares, junto con el sindicato, donde en Santa Lucía se la lloró. Esas paredes se convirtieron en un ámbito de sociabilidad política y en el lugar donde un grupo de peronistas tramitaron el duelo ligando sus prácticas políticas a su religiosidad cotidiana.¹⁸

La iglesia, ámbito donde se alojaba lo sagrado para la feligresía, también fue parte. En el templo de Santa Lucía, ubicado en la esquina principal del pueblo, se oficiaron misas que fueron solicitadas por distintas instituciones y asociaciones locales y, que como ocurría con otras misas de difuntos, tenían como fin “asegurar una estancia corta en el Purgatorio y suavizar los posibles castigos”.¹⁹ Santa Lucía no tenía cura párroco, por esa razón debían esperar la presencia del sacerdote de la parroquia de Monteros, jurisdicción de la que dependía, para oficiarlas. Este acompañamiento no impidió otras expresiones religiosas por fuera de la institución eclesiástica. Así lo hizo doña Aidé y otras mujeres que gestionaron altares en sus casas, en las unidades básicas y en los sindicatos, le rezaron a la virgen o armaron capillas ardientes y organizaron procesiones llevando en alto retratos de Perón y Eva. Para ellas, sus hogares eran espacios importantes de vivencias de lo sagrado que podía expresarse en devociones a santos o a alguna advocación de la Virgen María. En los parajes más apartados o en las colonias de los ingenios las capillas ardientes armadas por vecinas y pobladores fueron frecuentes. A estas llegaban los carros cañeros de “todas partes llevando a las mujeres vestidas de negro, con un pañuelo atado a la cabeza”.²⁰ Ellas, como las llamadas rezadoras que asistían a los velorios con su bagaje de oraciones, se trasladaron de las colonias para darlas y llorar en los altares erigidos.

La muerte de la primera dama activó una multiplicación de expresiones religiosas populares vinculadas a los rituales fúnebres. El fin de la vida de una persona era



Degalicia Coronel protagonizó los homenajes fúnebres que rindieron los pobladores de Villa Alberdi, sintetizando un nuevo tiempo político. Al igual que tantas otras mujeres, que encabezaron procesiones, organizaron capillas ardientes y dirigieron la palabra a las multitudes congregadas en los actos, esa dirigente peronista ocupó espacios centrales en esos eventos. *Homenaje a Eva Perón, Villa Alberdi*, 13 de agosto de 1952, Archivo Diario *La Gaceta*, San Miguel de Tucumán.

un pasaje acompañado de una serie de ritos y gestos “que a su vez encadenaban las prácticas y creencias propias de cada sociedad”.²¹ Estos expresaban distintas formas de integrar la muerte a la vida y de tramitar especialmente la existencia del dolor frente a un deceso.²² En ese universo de prácticas cobraban relevancia los responsos, novenarios, el alumbrar las almas y, también, los altares domésticos en los que se rezaba por el alma. Se trataba de una ritualidad cuyos gestos mostrarían rastros de siglos pasados entre las poblaciones del noroeste. Los catafalcos que doña Aidé armó en el sindicato y en la unidad básica eran característicos de una piedad de tradición barroca que los